

José Perona

EL *ARS MORTIS MEMORIAE* es una enciclopedia de 865 epitafios que Jaime Esquivel Zamora dejó inédita. Huérfano temprano, fue recogido por el abuelo Benito, cuidador del cementerio de ... Nunca pisó una escuela, pues el viejo Benito aseguraba, con Nietzsche, que la escuela era la madre del Reich. Aprendió a leer en las lápidas y fueron buriles sus lápices.

De su abuelo heredó el desprecio por la ampulosidad y por Picasso, la *Antología Palatina* y la convivencia con la muerte. A los 14 años, leyó con arrobamiento la carnicería que Caius Suetonius Tranquillus intituló *De vita Caesarum*. A los 17, conoció la muerte edificante que la monarquía goda aseguraba a sus amados Reyes y supo que Beso asesinó al gran Darío. A los 21, supo que un Dante reaccionario utilizó el infierno *pro domo sua* al aplaudir el asesinato de Henry de Almain a manos del Monfort Guy en la iglesia de S. Vicente de Viterbo, pero colocó en lugar beatífico a Bonifacio VIII, muerto y bien muerto en Anagni. A los 24, leyó en Alfonso de Valdés el merecido exterminio de la ciudad más puta del continente y supo de la destreza de los Gonzaga, de los Visconti, de los Sforza para combinar el patronazgo artístico (vulgo, esponsorización) con la violencia y la sangre. A los 29 visitó el cementerio de Montparnasse y el de Luarca. A los 39 decidió envenenarse para evitar, según consta en su estela funeraria, «el fin innoble de Hölderlin, Kant, Giulio Andreotti, el Señor de Montaigne y Faulkner».

Todas sus lápidas pertenecen al posmodernismo más *heavy*, pues Jaime creyó que el Dios Diseño, hijo del Tiempo, debía eternizarse en los bellos mármoles que ocultan la devastación del Ser.

Los epitafios que aquí reproduzco están depositados en la Sala Azul del Kaiser Museum de Berlín.

Murcia, en las tardesnoches de los primeros noviembres. 1990.



CARONDAS, dictador

Cuando llegué al poder,
prohibí a los ciudadanos que entrasen
con espadas a las Asambleas, no porque yo fuera
un pacifista, sino porque mi predecesor
había caído asesinado en el Foro
tras una tormentosa sesión.
Una tarde en la que entrenaba
a mi guardia pretoriana junto al Ágora,
oí un griterío dentro de la Asamblea
y entré en el recinto
con la espada en la mano.
Como el jefe del partido aristocrático
me reprochara la violación
de las leyes que yo mismo dictaba, le contesté:
«Al contrario, quiero confirmarlas».
Y, volviendo la punta de la espada
hacia mi pecho, la enterré en él completa
a la altura de mi corazón.

AUDI COUPÉ
no se conduce, se pilota.

N., gata

Jugaba yo, feliz, en la calle pueblerina
con el humano amigo de escasos años.
Un coche, furioso, me lanzó contra la pared,
destrozándome el cráneo, y me dejó
agonizante.
En la tertulia brutal de la taberna
bocas salvajes glosaron mis maullidos
mansos, las dolidas lágrimas del niño.
Recuerda, lector,
que los hijos de perra siempre odiaron a las gatas.

MARTINI BIANCO

B.D. de A., Señor de Lagny

A fines de 174..., me impuse el mutismo. Yo era cartesiano y ocupaba la Cátedra de Lógica y Matemática en la Universidad de Lyon. En una de mis clases, un atrevido jovenzuelo me había rebatido la preeminencia de la Máthesis y anunciado la llegada de una ciencia nueva y de un nuevo paradigma: la historia natural.

La vehemencia argumental y el esplendor deísta de aquella afirmación me arrebataron la fe que había puesto en el logos. «La geometría, había dicho el alumno, no añade nada al conocimiento ya que desarrolla por deducción principios ya establecidos y, por lo tanto, *no aprehende la realidad*».

Estuve cuatro meses sin hablar. Enterado M. de Maupertius, pidió permiso a mi sobrina para hacer un experimento. El sacerdote y la familia accedieron, aunque arguyeron que una «boutade» como la propuesta nada conseguiría, si habían resultado inútiles las ternuras filiales, las amenazas y el terror del infierno.

Un domingo, de madrugada, M. de Maupertius se acercó a mi lecho y me susurró «*doucèment*»:

— «M. de Lagny, ¿cuál es el cuadrado de doce?».

La pregunta tocó la más sutil de mis fibras científicas. Tuve que responder:

— «144».

Nunca más volví a hablar.

PASSPORT SCOTCH,
estilo propio.

CAUMA, mujer del tetrarca Sinates

Yo fui Cauma, mujer del tetrarca Sinates.
El joven Sinorix se enamoró con tal fuerza de mí
que, no pudiendo vencer ni satisfacer su pasión,
asesinó a mi marido y pidió
entonces mi viuda mano y mi viudo lecho
a mis padres.

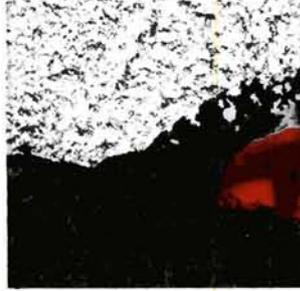
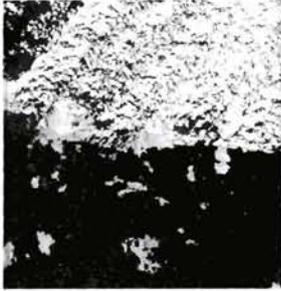
Obligada por la gens a consentir
aquel enlace, cedí... El día de la boda,
al pie del ara del templo de Afrodita,
ofrecí a Sinorix la copa de vino
que yo había preparado con veneno.
Cuando lo vi retorcerse de dolores
frente a la Diosa y frente a mí,
ingerí un trago generoso
y morí aplaudiéndome de mi venganza.

UGT, la iniciativa.

F.T.G., físico

Ningún movimiento supera a éste de la quietud.

Ginebra se escribe con G,
Gordons.



F.N.M., filósofo posmoderno

Antes de ser traído aquí por mis discípulos
conseguí, mediante sintetizadores y frases
devastadoras de Heidegger, construir una armonía
de retazos que representaba la imagen del logos
en aquellos fines infaustos del siglo XX.
Tras unas jornadas agotadoras sobre el signo
en la Menéndez Pelayo —Fray Umberto Eco
de Alessandria presente—, se me ocurrió
colocar encima de mi tumba
la detenida imagen del vídeo
donde se mezclan los colores
y el diseño de Gianni Versace y Jean-Paul Gaultier
sobre el derruido Muro de Berlín.
La corona de flores de plástico
negras, ocres, sepia, blancas y rojas
te recuerda, Oh mirón,
la levedad existencial de mi propuesta,
y la perfección del SONY.

Vídeo 8
SONY
Un mundo apasionante.

M.C.S., matrona

De doceñera, ya vieja, aprendí
las esculpidas formas del gesto,
el descrédito de la razón
y la humillación de la pareja.

De cuarentona, aún vieja, me ufané
de la moral pétrea de los futuros yernos
y fui alabada por la exactitud
de los sabores de mis zarangollos.

Sesentañosa, abuela y vieja,
oteé con altivez los destrozos del tiempo
en las añejas compañeras de colegio.
En los álbumes repletos de fotos, nietos
y pasado contemplaba la perfección
faústica de los deberes acabados.

Pero, en las altas noches de mi soledad,
tuve que recurrir a Goëthe
para sobrellevar
una insoportable desazón de víctima.

MODA DE ESPAÑA.